Feli y la pequeña nube

A Feli le encantaban los días de lluvia para ponerse su chubasquero, sus botas de agua y saltar por todos los charcos que se cruzaban en su camino. Durante una de esas ocasiones, Feli se encontró a una nubecita gris sollozando en una esquina del parque.

- ¿Qué te pasa nubecita?- Le preguntó Feli.

- Estoy un poco triste… - Contestó la pequeña y esponjosa nube.

- ¿Y por qué estás así? -Siguió preguntando la niña mientras admiraba a una nube de lluvia tan bonita.

- Pues porque cuando yo llego los niños se meten corriendo en sus casas, la gente cierra las ventanas y hasta ponen mala cara cuando me ven venir…

- Ah ya… Te comprendo… Pero, ¿sabes qué?

- ¿Qué?

- Gracias a ti luego podemos chapotear en los charcos, acurrucarnos por la noche en nuestras camas y dormirnos acompañados de tu sonido… ¡Y por no hablar de la vida que les das a todos los árboles y plantas!

- ¿En serio crees que soy tan genial?

- Claro pequeña nube. Así que ahora sube al cielo y deja caer tu agua sobre la ciudad para hacernos más felices.

Y así fue como la pequeña nube de tormenta se convirtió en uno de los mayores chaparrones que habían caído en los últimos años, creando los charcos más grandes donde luego todos los niños jugaron, relajando con su repiqueteo en el cristal de las ventanas a los que antes se habían cobijado, inundando de vida los jardines de todo el barrio y de sonrisas a todos los vecinos.

Así era Feli,
la niña que amaba
los días de lluvia.